

**VEKA DUNCAN**  
PRECARIEDAD: EL MAL DE LA CULTURA

**CARLOS VELÁZQUEZ**  
BOBA FETT

**GERARDO DE LA CRUZ**  
ENTREVISTA A CECILIA EUDAVE

NÚM. 349 SÁBADO 30.04.22

# El Cultural

[ Suplemento de **La Razón** ]

**LA CRISIS DE LA LECTURA EN LAS UNIVERSIDADES**

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

**GLORIA GERVITZ: CRÓNICA DE UNA AMISTAD**

MYRIAM MOSCONA

**EN DEFENSA DE LOS (BUENOS) LIBROS**

ALEJANDRO TOLEDO



Arte digital • A partir de una ilustración en shutterstock.com • Mónica Pérez • La Razón



La necesidad, el valor y la supuesta decadencia del libro en el mundo actual han sido temas constantes para este autor, con títulos como *Por una universidad lectora*, *Escribir y leer en la universidad*, *El vicio de leer (el más reciente)*, además de ensayos diversos (ver **El Cultural**, números 237 y 257). De modo que no resulta extraña la invitación a Juan Domingo Argüelles para presentar en la UNAM —esta semana— la conferencia magistral de la Segunda Jornada Sobre Universidades Lectoras, cuyo diagnóstico no admite complacencias y presentamos a continuación.



# LA CRISIS DE LA LECTURA EN LAS UNIVERSIDADES

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Creemos que los universitarios, por serlo, son lectores autónomos y adictos a los libros. Lo cierto es que se trata de un ideal más que de una realidad. Ésta es muy diferente, pero, para admitirla, fue necesario que algunos centros de educación superior se atrevieran a ventilar la verdad en lugar de ocultarla. Años antes, ya Gabriel Zaid había vaticinado, con su imbatible ironía, que si los universitarios fuesen realmente lectores los míseros tirajes de mil ejemplares de un libro no tardarían diez años en agotarse y habría un auge de lectura nunca visto.

La Red Internacional de Universidades Lectoras (RIUL), fundada en 2006 y que hoy está integrada por más de cuarenta centros de educación superior de España, Portugal, Rusia, Italia, Argentina, Brasil, México, Chile, Nicaragua, El Salvador y Venezuela, admitió, por vez primera, que las universidades necesitaban urgentemente, más allá de la "alfabetización académica" de rigor, la práctica continua y aun placentera de la lectura, ahí donde siempre se da como supuesto que leer es cosa que todos los universitarios practican con habilidad y no sólo por obligación, sino especialmente por la

pasión del conocimiento y por el placer que depara la lectura misma, sea ésta informativa, estética, técnica o científica.

En los objetivos de la RIUL, ésta reconoce el grave problema de los universitarios no lectores, puesto que propone "potenciar el papel de la lectura y la escritura en la universidad, no sólo como herramientas de trabajo (la llamada 'alfabetización académica'), sino como vehículo de promoción integral del universitario", y "reivindicar la lectura y la escritura como competencias básicas y transversales"; de manera que leer y escribir sean dominios indiscutibles de los universitarios, formados no sólo como "buenos profesionales", sino también como ciudadanos con una visión crítica e imaginativa: "que sepan dialogar y discrepar... y todo ello se aprende y se mejora leyendo y escribiendo en el amplio sentido de dichos conceptos".<sup>1</sup>

Tres años después, el primero de los seis objetivos de la Carta de Passo Fundo (26 de octubre de 2009), documento emanado del Encuentro Internacional de Universidades Lectoras en la Universidad de Passo Fundo, Brasil, abrió las puertas a la verdad para reconocer que los centros de educación superior no han atendido convenientemente

Foto > Rosy Hernández

DIRECTORIO

**El Cultural**  
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director

@sanquintin\_plus

**Julia Santibáñez**

Editora

@JSantibanez00

Facebook:  
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki  
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

la imperiosa necesidad de la lectura como una habilidad indispensable en todo universitario: "En la enseñanza superior es imprescindible, para la formación integral de los estudiantes, el desarrollo de las competencias y habilidades de lectura y escritura". ¿A quién le asombra que los estudiantes no sepan escribir con aptitud y destreza la correspondiente tesis de grado al concluir sus estudios de licenciatura, maestría o doctorado? No a la RIUL, por cierto, a la que tampoco le asombra que, para resolver tal dificultad, esos estudiantes lean, pero no siempre comprendan, *Cómo se hace una tesis*, el manual de Umberto Eco.

**LOS LIBROS Y LAS BIBLIOTECAS** son inseparables de la educación, a tal grado que, refiriéndose no a la universidad, pero sí a la escuela, José Vasconcelos, en México, sentenció que la biblioteca complementa la escuela, pero que también puede sustituirla y aun superarla. La explicación a tan concluyente aserto es bastante sencilla: ahí donde no hay escuela o ésta es deficiente, la lectura de buenos libros puede sustituirla y, por otra parte, una buena biblioteca siempre será superior a la escuela, para un lector imaginativo y sensible que no se conforma con una pedagogía de la repetición y la memorización sin sustancia en una escuela desastrosa.

Vasconcelos hace una oda a la lectura, en favor de la educación, cuyos beneficios pasan hoy por alto muchísimos profesionistas. Leer fortalece el aprendizaje, y ahí donde la escuela no es eficiente, habrá quien sea capaz de superar las limitaciones escolares gracias al recinto bibliotecario con la mejor lectura disponible. Por ello, no era realmente una broma lo que le dijo Vasconcelos al presidente Álvaro Obregón, hace hoy un siglo, en un México sin bibliotecas: "Lo que este país necesita es ponerse a leer la *Iliada*".<sup>2</sup>

Durante mucho tiempo hemos dado por hecho que se requieren programas de fomento a la lectura y a la escritura en las etapas previas a la universidad: la primaria y la secundaria preferentemente (que hoy componen el ciclo básico de la educación) y, en menor medida, la preparatoria. En consecuencia, no existen prácticamente estos programas en las universidades, porque se supone que quienes cursan los estudios profesionales dominan a la perfección la cultura escrita, lo mismo como receptores de textos (esto es, la lectura) que como productores de los mismos (es decir, la escritura). Pero este supuesto está muy lejos de ser verdad. De ahí la razón y la necesidad del nacimiento de la RIUL.

Desde 1990, Robert Darnton ya había estudiado estos problemas de la precariedad de lectura en los circuitos profesionales y en los centros universitarios cuando destacó que una tesis de grado pertenece a un *género* (precisamente, el de la tesis de grado) que se escribe por obligación y que, cumplido el requisito, nadie quiere leer ni menos publicar, entre otras cosas porque es ilegible y, por lo tanto, impublicable. Advirtió también

“LOS LIBROS Y LAS BIBLIOTECAS SON INSEPARABLES DE LA EDUCACIÓN, A TAL GRADO QUE, REFIRIÉNDOSE NO A LA UNIVERSIDAD, PERO SÍ A LA ESCUELA, JOSÉ VASCONCELOS SENTENCIÓ QUE LA BIBLIOTECA COMPLEMENTA LA ESCUELA, PERO TAMBIÉN PUEDE SUSTITUÍRLA Y AUN SUPERARLA”.

que gran parte de los universitarios posee “una concepción mecanicista de la lectura en tanto codificación y decodificación de mensajes”. Para los estudiantes y para no pocos profesores, la lectura se torna herramienta mecánica, sin comprender, y muchas veces sin saber que desde principios de los tiempos modernos en Europa, “los lectores les dieron sentido a los libros; no sólo los descifraron. La lectura era una pasión mucho antes de la época romántica”.<sup>3</sup> Por ello, para Darnton, leer limitados a un propósito, a una ideología, a una metodología, etcétera, es desperdiciar la oportunidad de enriquecerse emocional e intelectualmente con los libros, y concluye: “Ni la historia ni la literatura ni la economía ni la sociología ni la bibliografía pueden hacer justicia a todos los aspectos de la vida de un libro”.<sup>4</sup>

**UNA UNIVERSIDAD NO LECTORA** es una incongruencia educativa y cultural. La educación, pero no sólo ésta, sino, en general, la vida, está hecha de libros, y no hay maestros que no se hayan formado, mal o bien, en los libros. Alfonso Reyes lo dijo maravillosamente:

El libro y la cultura en cierta manera se confunden. Estamos hechos en la sustancia de los libros mucho más de lo que a primera vista parece. Aun los rasgos más espontáneos de nuestra conducta

y aun nuestras más humildes palabras, en las comunidades civilizadas que ahora constituimos, tienen detrás, sepámoslo o no, una larga tradición literaria (es decir, de letras), que viene empujándonos y gobernándonos.<sup>5</sup>

De esta sustancia ancestral de los libros y la lectura están hechas por supuesto, desde su creación misma, las universidades. Por ello, para decirlo con una frase aforística, parafraseando a Montaigne, y que Reyes no hubiera desaprobado, una universidad sin lectores es como una taberna sin bebedores.

Una virtud caracteriza lo mismo la lectura que a la universidad: la libertad de pensamiento. Por ello, al referirnos a la cultura escrita en los centros de educación superior es importante decir algo de la propia universidad como concepto y como como invención extraordinaria de la sensibilidad y el intelecto humanos. Qué mejor que decirlo con las certidumbres del escritor mexicano y universitario Carlos Fuentes (graduado en Derecho y en Economía), publicadas hace exactamente dos décadas. En su carta de creencia referida a la institución universitaria, Fuentes escribió:

Creo en la universidad. La universidad une, no separa. [...] En ella se dan cita no sólo lo que ha sobrevivido, sino lo que está vivo o por nacer en la cultura. Pero para que la cultura viva, se requiere un espacio crítico donde se trate de entender al otro, no de derrotarlo —y mucho menos, de exterminarlo: universidad y totalitarismo son incompatibles. Para que la cultura viva, son indispensables espacios universitarios en los que prive la reflexión, la investigación y la crítica, pues éstos son los valedores que debemos oponer a la intolerancia, al engaño y a la violencia. En la universidad, todos tenemos razón, pero nadie tiene razón a la fuerza y nadie tiene la fuerza de una razón única.<sup>6</sup>

Para el escritor mexicano, lo mejor de la universidad se construye con información, comunicación y conocimiento de quienes, como los maestros, nos enseñan simultáneamente a saber y a realizarnos. Pero es imposible que esto ocurra sin libros y sin lectores, pues “un libro nos enseña lo que le falta a la pura información” y “nos dice que nuestra vida es un repertorio de posibilidades que transforman el deseo en experiencia y la experiencia en destino”.<sup>7</sup> En este sentido cabe



Ilustración > Shutterstock.com



decir que Carlos Fuentes abrevó lo mismo en José Vasconcelos que en Alfonso Reyes y, más allá de quienes contribuyeron a construir la historia cultural de México, en todos aquellos universitarios y escritores nacionales y universales que tenían por principio dual el gozo y la autoridad del libro.

**HEMOS MENCIONADO** a Vasconcelos, constructor de instituciones y creador de bibliotecas y de la moderna universidad en México; también a Alfonso Reyes, el espíritu clásico por excelencia, a quien no se puede entender sin los libros. Pero al igual que ellos, hay otros hispanoamericanos, como Domingo Faustino Sarmiento, en Argentina, quien en 1870 afirmó que

... el medio más poderoso para levantar el nivel intelectual de una nación, diseminando la ilustración en todas las clases sociales, es fomentar el hábito de la lectura hasta convertirlo en un rasgo distintivo del carácter o de las costumbres nacionales.<sup>8</sup>

Y en Sarmiento (autor de *Facundo*) abrevó Jorge Luis Borges, quizá el más grande escritor que ha dado Hispanoamérica al mundo, y también conservador y hacedor de bibliotecas y profesor universitario, quien afirmó que uno de los mayores inventos del ser humano es sin duda el libro: "una extensión secular de su imaginación y de su memoria [...] y la mejor memoria de nuestra especie".<sup>9</sup>

Al pensar e imaginar el modelo de una universidad lectora en nuestros países se vuelve ineludible acudir al pensamiento y la sensibilidad de los grandes escritores hispanoamericanos que pasaron por las aulas universitarias, pero que no se conformaron con la cátedra de sus maestros, sino que añadieron muy especialmente la intensa y vocacional lectura de libros, con temas y materias más allá de los que prescribía su carrera: grandes escritores que estudiaron en la universidad más de una carrera y que se interesaron en múltiples materias que les dieron una mayor profundidad emocional y un más elevado conocimiento intelectual. Y esto es lo que consigue el binomio libro / universidad en ese todo ideal, en ese cosmos que es y debe ser la universidad lectora.

Como es bien sabido, la palabra *universidad* alude al universo; su etimología latina es *universitas*: un todo, una totalidad. Por ello, a lo expresado por Carlos Fuentes hay que agregar que la universidad es tan abierta como el mundo, que de ella salen los santos y los demonios (Loyola y Goebbels), los locos y los cuerdos, la izquierda y la derecha, los generosos y los resentidos, los sabios y los fanáticos, los escépticos y los necios, los opositores al poder y los serviles, los grandes hombres de ciencia y los políticos (incluidos los gobernantes, buenos o malos). Los que gracias

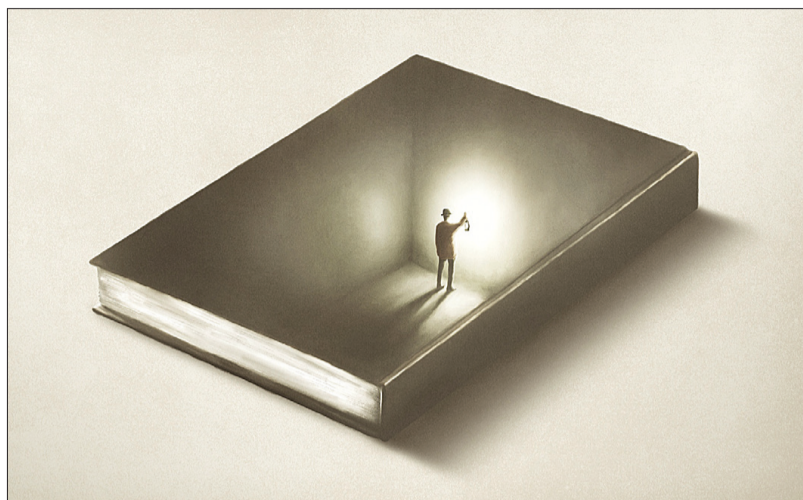


Ilustración ▶ shutterstock.com

a los libros elevan su espíritu y lo dirigen al bien social y propio, pero también los que, pese a los libros y la lectura, destinan su vida a la destrucción social y propia: guerrilleros, terroristas, asesinos, violadores de derechos humanos y también, aunque para menor mal, como afirmase el autodidacto Juan José Arreola (quien llegó a ser profesor de la UNAM por su gran cultura y no por sus diplomas), los buenos para nada que hallan en la universidad el mejor sitio de holganza. Ah, y por supuesto, también los biblioadictos, los lectores consumados, por un lado, y los analfabetos funcionales, por otro: éstos que se mueren de ganas por concluir la carrera para abandonar de una vez y para siempre los libros que consideraron instrumentos de tortura. Así es la universidad. Cualquiera que haya estado en sus aulas lo sabe y, si lo ignora, peor para él.

**EN UNO DE LOS ENSAYOS** y conferencias de su libro *Elogio de la educación*, Mario Vargas Llosa, doctor en Filosofía y Letras y Premio Nobel de Literatura, enumera tres cosas que debe tener un gran libro, para que sea no sólo digno de leerse y releerse, sino también de enseñarnos los dominios de la universidad y la vida. Escribe: "Para mí [un gran libro] es aquel que se introduce en mi vida, perdura en ella y la modifica". Para ello, es indispensable "que no sea demasiado simple, que exija de mí un esfuerzo intelectual para poder apreciarlo" y, finalmente, "un gran libro es para mí aquel que me obliga a revisar mis opiniones y que, de alguna manera, me contradice".<sup>10</sup>

Para Vargas Llosa, la pasión por los libros no se da fácilmente en las nuevas generaciones digitales (leamos su ensayo *La civilización del espectáculo*) que más bien se han alejado de la perdición por la lectura. Los universitarios y preuniversitarios ya no devoran libros sino sumarios, *bullets*,

.....  
**"LA PALABRA UNIVERSIDAD ALUDE AL UNIVERSO; SU ETIMOLOGÍA LATINA ES UNIVERSITAS: UN TODO, UNA TOTALIDAD. POR ELLO, ES TAN ABIERTA COMO EL MUNDO, DE ELLA SALEN SANTOS Y DEMONIOS".**  
 .....

infografías y todo aquello que sustituya o vuelva raquítica la escritura. Se ha producido un empobrecimiento en la lectura de obras de gran calado, a cambio de fragmentos, retazos, síntesis y resúmenes que logran que un universitario sepa, por ejemplo, de qué van las *Confesiones* de San Agustín, esas páginas vivas del hombre espiritual, pero sin leerlas. Cualquiera puede saber también de qué va el *Quijote*, y hay investigaciones que demuestran que una buena cantidad de universitarios y preuniversitarios jamás ha leído, mucho menos releído, la obra maestra

de Cervantes en una edición íntegra. Se olvidan o, más bien, no saben, que los grandes libros no están para informarnos nada, sino para formarnos en ellos e integrarlos, como cosa viva (puesto que esto son los libros cuando se leen) a nuestro espíritu y a nuestro intelecto.

No me refiero únicamente a los libros de literatura, sino a todos: a los de cualquier materia. Un preuniversitario se aterra cuando el maestro le deja, como deber, la lectura de un fragmento de quince páginas. Hay videos de ello que circulan en internet, ahora que se puso en práctica, con la pandemia, la educación a distancia. En uno de ellos, el alumno no cierra el micrófono del Zoom y prorrumpen en maldiciones e improperios, creyendo que nadie lo oye: lleno de ira y frustración, porque el profesor le ha dejado como tarea leer ¡quince páginas!

Que a un preuniversitario le parezcan un montón quince páginas es el resultado de la mala educación virtual (puesto que también la hay buena) que conspira contra la lectura desde hace ya, al menos, dos décadas. En el caso de la literatura, tiene razón Vargas Llosa cuando afirma que ésta tiende a encogerse e incluso a desaparecer en el currículo como algo prescindible. Y esto que viene desde los ciclos de primaria y secundaria prevalece en la preparatoria y en la universidad. "Facilitar" a los alumnos la lectura de obras para darles información resumida y machacada, para que la traguen en papillas, es sabotear la educación misma. Si queremos saber de qué trata un libro y cuáles son sus principales planteamientos esto es posible hacerlo con una simple búsqueda en internet. Pero lo importante no es saber de qué trata un libro, sino leerlo y aprender y conocer sin descartar el gozo de encontrar algo nuevo y acaso insospechado.

**LAS INSTITUCIONES** de educación superior y media superior deben entender que los medios audiovisuales no pueden sustituir a los libros. Hoy más que nunca se tiene la ventaja de poder leerlos, íntegros, en soporte digital. Lo cierto (y hay estudios que así lo demuestran) es que leen libros digitales aquellos que también están acostumbrados a leerlos impresos, y los casos de grandes lectores exclusivos de *e-books* son siempre excepcionales: existen, pero son una rareza.

“SI ESTAS CELEBRACIONES DEL LIBRO Y LA LECTURA,  
Y EN ESPECIAL LA DE LA LECTURA UNIVERSITARIA,  
PASAN CASI INADVERTIDAS PARA LOS PROPIOS  
UNIVERSITARIOS ES PORQUE LA LECTURA  
NO ES ALGO QUE LES IMPORTE MUCHO. HOY  
LO QUE MÁS LEEN SON FRAGMENTOS Y NO LIBROS”.

La no lectura o la lectura precaria, la inopia de la práctica lectora, como argumenta Vargas Llosa,

no es una limitación sólo verbal; es, al mismo tiempo, una limitación intelectual y de horizonte imaginario, una indigencia de pensamientos y de conocimientos, porque los conceptos, las ideas, mediante los cuales nos apropiamos de la realidad existente y de los secretos de nuestra condición, no existen disociados de las palabras a través de las cuales los reconoce y define la conciencia. [...] Hablar bien, disponer de un habla rica y diversa, encontrar la expresión adecuada para cada idea o emoción que se quiere comunicar, significa estar mejor preparado para pensar, enseñar, aprender, dialogar, y, también, para fantasear, soñar, sentir y emocionarse.<sup>11</sup>

Lo mismo que las bibliotecas (en una ambición que no ha podido ser cumplida), las universidades deberían ser espacios privilegiados de lectura. Que un universitario o un preuniversitario se queje y se enfade porque *debe* leer quince páginas es una involución intelectual y una ofensa a la razón de ser del aprendizaje. Es como para preguntarles por qué creen que Thomas Hobbes escribió las más de seiscientas páginas del *Leviatán* que ellos quisieran resumidas en una infografía.

Todo esto se debe a los malos hábitos, sin duda, que ya existían mucho antes de la pandemia de Covid-19 y del aprendizaje digital; pero queda claro que la promoción y el fomento de la lectura deben llegar a las universidades, por más que se suponga, equivocadamente, que los universitarios se la pasan leyendo a tambor batiente. Ya se ha demostrado que no es así. Las estadísticas lo prueban. Los estudiantes

no quieren leer porque les aburre, y hasta un artículo en una revista les parece ¡enorme! si ocupa seis páginas en la publicación.

EN EL CASO DE LA LITERATURA de ficción, de la estética literaria, la universidad es responsable en gran parte por devaluar el gozo de la comprensión y el placer mismo de leer. Esto se debe en gran medida a la aplicación de métodos sociológicos y políticos, con sus anclajes ideológicos de *ismos* (desde el marxismo hasta el freudismo, pasando por otros), como si los escritores tan sólo tuvieran el propósito de escribir libros para que los profesores e investigadores los disecionen según sus métodos y teorías, y como si los escritores únicamente se dedicaran a jugar a los acertijos cuyas revelaciones hay que encontrar escondidas entre líneas. Siguen sin entender, por más que Juan Marsé les haya reclamado por estos métodos de leer, aclarándoles a los marxistas literarios que “el Pijoaparte jamás se propuso desenmascarar a la burguesía catalana, sino simplemente enamorar a Teresa”.

Cáustico, pero exacto, Italo Calvino, escritor que pasó por las aulas de la Universidad de Turín, sentenció: “La escuela y la universidad deberían servir para hacernos entender que ningún libro que hable de un libro dice más que el libro en cuestión; en cambio hacen todo lo posible para que se crea lo contrario”.<sup>12</sup> Mucho antes, Stephen Vizinczey planteó una solución radical: “El lector sólo tiene una defensa: hacer caso omiso de los libros sobre escritores y leer a éstos directamente”.<sup>13</sup>

El gran George Steiner llegó a decir que sus colegas de las universidades de Cambridge y Oxford nunca le perdonaron el haber dicho que los críticos y los estudiosos de los grandes autores son como los parásitos en la

melena del león, y él era feliz en esa melena. Los mandarines universitarios se ofendieron muchísimo, sin comprender el profundo orgullo que sentía Steiner de parasitar en la melena de Shakespeare.

Concluamos. Si, al azar, les preguntamos a los universitarios qué se celebró el pasado 23 de abril, un porcentaje no muy grande nos responderá que el Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor (porque, entre otras cosas, en algunas universidades se realizan en tal fecha pequeñas ferias del libro en los campus); pero si les preguntamos qué se celebró ayer, 29 de abril, casi nadie responderá que el Día Internacional de la Lectura Universitaria, y menos sabrán que este festejo lo estableció la Red Internacional de Universidades Lectoras, la RIUL. Lo celebró por primera vez en 2014, con el objetivo de “promover la lectura y la escritura en el ámbito universitario y, por extensión, en todos sus entornos, así como coordinar las políticas de lectura en colaboración con los diferentes agentes sociales, culturales y económicos”.

Sincerémonos: si estas celebraciones del libro y la lectura, y en especial la de la lectura universitaria, pasan casi inadvertidas para los propios universitarios es porque, sencillamente, la lectura no es algo que les importe mucho. Hoy lo que más leen son fragmentos y no libros, resúmenes y no obras íntegras y, sobre todo, están pegados a los dispositivos digitales en cosas muy diferentes a la lectura de libros. Éste es un problema que advirtieron y admitieron las universidades españolas que tomaron la iniciativa de crear la RIUL. Sigue siendo un problema grave que muchas universidades no quieren admitir, pues consideran que ser lector autónomo no es requisito indispensable para graduarse y posgraduarse, y que, dicho sea sin empacho, la universidad no está para promover la lectura, sino para producir profesionistas. ☐

NOTAS

<sup>1</sup> Red Internacional de Universidades Lectoras (RIUL), “Orígenes y filosofía inspiradora”, en <https://universidadeslectoras.es/queeslareduil#panel1>

<sup>2</sup> José Vasconcelos, *Memorias II, El desastre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 46.

<sup>3</sup> Robert Darnton, *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, traducción de Antonio Saborit, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, p. 142.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 146.

<sup>5</sup> Alfonso Reyes, “Prólogo”, en *Catálogo general 1955 del Fondo de Cultura Económica*, México, 1955, p. IX.

<sup>6</sup> Carlos Fuentes, *En esto creo*, Seix Barral, México, 2002, p. 60.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 151.

<sup>8</sup> “Historia de las Bibliotecas Populares”, en <https://www.mendoza.gov.ar/culturacoprobiphistoria-delasbibliotecaspopulares/>

<sup>9</sup> Jorge Luis Borges, *A/Z*, compilado por Antonio Fernández Ferrer, Siruela, Madrid, 1988, p. 159.

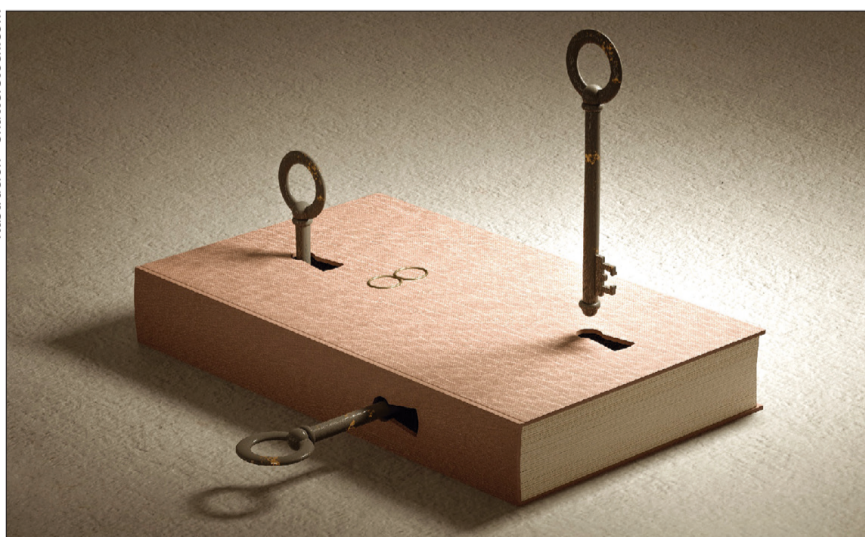
<sup>10</sup> Mario Vargas Llosa, *Elogio de la educación*, Taurus, México, 2016, pp. 7, 8.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pp. 1617.

<sup>12</sup> Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, traducción de Aurora Bernárdez, Tusquets, México, 1993, p. 16.

<sup>13</sup> Stephen Vizinczey, *Verdad y mentiras en la literatura*, edición revisada y aumentada, traducción de Pilar Giralt Gorina, Seix Barral, Barcelona, 2001, p. 145.

Ilustración > Shutterstock.com





Nacida en la Ciudad de México en 1943, la poeta Gloria Gervitz falleció el pasado 19 de abril en California, donde vivía. Myriam Moscona, también poeta mexicana, mantuvo con ella una relación de lealtad durante décadas, a pesar de tropiezos e interrupciones; aquí presenta el texto que escribió con motivo del homenaje para celebrar a Gervitz en el Palacio de Bellas Artes, en 2009, por los treinta años de la primera edición de su libro *Shajarit*. Y luego rescata la semblanza de su colega.

Gloria Gervitz

# SIEMPRE ESTAMOS MIGRANDO: CRÓNICA DE UNA AMISTAD

MYRIAM MOSCONA

Hace trece años celebrábamos tres décadas del poderoso libro *Shajarit* (1979, edición de autora), el primer poemario de Gloria Gervitz. Al publicarse, ella tenía treinta y seis. El texto que enseguida presento, casi idéntico a como fue concebido, corresponde al 2009 y fue escrito para acompañarla en la sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

A lo largo de los años que nos separan de ese mediodía en Bellas Artes, los títulos de todos sus libros precedentes desaparecieron para unirse al único nombre *Migraciones*, que llegó a albergar siete apartados. Se eliminaron las mayúsculas y ya no se consignan los autores de los epígrafes que ahora forman parte del *corpus* (al final del libro hay un apéndice en el que se da cuenta de ello). El libro conserva una única mayúscula en la palabra "Dios". También desaparecieron las dedicatorias y los signos de puntuación. Los únicos que prevalecen son esos ganchos que abren y cierran las decenas de preguntas tan características de su poesía. "Me ha tomado una vida entera dejar el poema así". Quien lea *Migraciones*, en la versión más reciente, recibirá el impacto de un solo poema orgánico de 260 páginas, según la edición española que ella reconocía como la única, la definitiva,

bajo el sello libros de la resistencia (*sic*, Madrid, 2020). "El poema, esta vez, de verdad, ya está cerrado. Ya no puede seguir, llegó a su tope. Sé que lo he dicho otras veces, pero esta vez va en serio". Y, en efecto, cada vez que aumentaba un fragmento pensaba que sería el último.

AUNQUE NO ES EL PROPÓSITO de este escrito, tengo que admitir que mi enorme cercanía con Gloria Gervitz tuvo un distanciamiento radical. No supimos nada la una de la otra por diez años. Gloria cambió su lugar de residencia a California y nunca nos volvimos a hablar. Cuando supe que le quedaba poco tiempo me atreví a escribirle. No sabía si iba a contestar. Respondió de inmediato. Quise ir a verla. Ella, lo sé, sólo admitió a un mínimo de visitantes en ese período final. "El cerrojo está oxidado" —me escribió— "pero la llave sigue viva".

Al lado de una cama de hospital que ocupaba casi todo el espacio de su sala, se agrupaban un montón de *Migraciones*: al sueco, al polaco, al danés, al noruego, al griego, al inglés, al árabe, al esloveno, al alemán. Estábamos juntas cuando fue avisada de su postulación al Premio Reina Sofía. Eran sus días finales. Por la tarde, pese a su estado de fragilidad extrema, se recompuso unos instantes.

Me quiso leer un fragmento reciente. "Lo escribí en inglés hace poco. Eso me ayudó a distanciarme del dolor. Es una premonición de todo lo que estoy viviendo", me dijo desde la orilla de su última claridad. Me parece que ella misma hizo la versión al español, no se lo pregunté. Al terminar, las dos cerramos los ojos. Fue un momento largo, expandido. Me pregunto si dejó instrucciones para que, en un futuro, el libro se reabra e integre de algún modo ese último y estremecedor escrito. No lo sé. De ocurrir sería el último posible. No hay más. El nuevo fragmento hablaba de su propia muerte y fue concebido antes de ser diagnosticada con el mal que ya no pudo vencer. Le dio un título: *antes del kadish* (el *kadish* es la oración judía para los muertos). Recordé la sentencia de un escritor: "allí donde pasan los hechos, pasan primero las palabras".

Su poesía fue más leída y apreciada en otros países que en México, donde nunca recibió un solo reconocimiento. El 19 de abril, a sus 79 (como el año de *Shajarit*), el mismo día que se conmemoran el aniversario luctuoso de Octavio Paz y el levantamiento del gueto de Varsovia, Gloria Gervitz tuvo su migración final. Lo dijo en distintas ocasiones: "siempre estamos migrando, incluso de nosotros mismos".

## 2009, HACIA EL RETORNO

En estos treinta años en los que celebramos la poesía de Gloria Gervitz y que, si se me permite, yo celebro también más de un cuarto de siglo de amistad casi ininterrumpida, doy testimonio de esa cercanía enlazada con la poesía, enlazada con la vida cotidiana que nos ha hecho jugar distintos papeles la una con la otra.

Gloria y yo somos el día y la noche, metafórica y físicamente. Cuando ella se va a dormir yo estoy más despierta que nunca. Cuando ella despierta yo estoy perdida en los claroscuros del sueño. Sin embargo, hemos estado juntas y hemos aprendido a convivir en diversas ciudades de España, Israel, Portugal o en distintos pueblos de México, así como en San Diego (donde ahora pasa largas temporadas). Aunque diga que no es cierto,

no le gusta viajar. La he visto adelantar su regreso en casi cada viaje que hemos hecho juntas. Me corrijo: quizá le gusta viajar porque implica un retorno. Gloria es en los viajes ese inquietante "ulises salmón de los regresos" del que hablaba Gorostiza. Sus migraciones personales son siempre hacia el retorno y, sin embargo, he sido testigo de su emoción antes de comenzar el viaje, pero nunca tanto como cuando va a volver.

EL IMPACTANTE TRABAJO de Gloria, me alegra decirlo, se ha reconocido en últimas fechas en el extranjero con la publicación y traducción en inglés y en alemán de *Migraciones* en Estados Unidos, Suiza e Inglaterra. Sin embargo, aquí, aunque ha sido saludada con enorme respeto por la crítica, también se le ha hecho a un lado porque ella no suele moverse en los ambientes cortesanos y, por su silencio y su discreción, se le han escamoteado reconocimientos que su obra merece y que el tiempo se encargará de poner en su lugar. Gloria Gervitz no tiene el Premio Aguascalientes, ni el Carlos Pellicer, ni el Xavier Villaurrutia. De lo que sí goza es de lectores de calidad que atienden y la siguen con devoción, un bien escaso en muchos coleccionistas de becas y reconocimientos. Como lo reproduje en un texto de hace tiempo (que se recogió





Fuente > twitter.com

en mi libro *De frente y de perfil, semblanzas de poetas*, con fotografías de Rogelio Cuéllar), Gloria sabe que “el tiempo de la poesía y el tiempo personal responden a necesidades distintas”. Todas aquellas semblanzas se escribieron mediante largas conversaciones salvo dos: la de José Emilio Pacheco y Octavio Paz, elaboradas a través de una legión de libros y consultas. La primera en escribirse fue la de Gloria Gervitz. Tanta era la cercanía que pude hacerla de memoria, casi sin hablar con ella, reconstruyendo nuestras conversaciones y echando mano de los recursos que la convivencia te regala. Así comenzaba esa semblanza:

Una mañana se encontró repitiendo como una letanía los siguientes versos:

*En las migraciones de los claveles rojos donde revientan cantos de aves picudas / y se pudren las manzanas antes del desastre / ahí donde las mujeres se palpan los senos y se tocan el sexo [...]*

Se sentó a escribir y se vio de pronto en un viaje que ya no pudo detener. Estaba escribiendo el inicio de *Shajarit* (palabra que designa el rezo judío de las mañanas), su primer libro. Supo reconocer que sus poemas anteriores no eran más que el preludeo de esta escritura. Había estudiado historia del arte y usaba el pelo corto.

Hoy diría que su enorme fresco de la memoria se ha modificado porque su punto focal no está puesto solamente en el recorrido de una o varias generaciones de madres, abuelas e hijas judías que llegaron a refugiarse a un continente lejano a su lengua y sus costumbres. Esas mujeres y su circunstancia aparecen en los primeros libros con mayor número de palabras dispuestas en versículos derramándose en la página, organizadas de manera distinta a sus libros más recientes. Conservan la misma naturaleza de sus primeros poemas, aunque la velocidad de los versos se haya transformado. Su obra rebasa el afán de comunicar ciertos hechos. Encontramos siempre en el entramado de voces, en la dislocación del espacio y del tiempo, la voz inconfundible de esta poeta que rompe la narración como si anotara comentarios para un guion de cine:

*al fondo pared*

*ventana  
al noroeste mujer y silla*

*voz*

*ojos abiertos*

*de espaldas mujer vieja sentada  
pelo corto*

*nuca desnuda*

**Y SI EL TELÓN** de fondo ha cambiado y en sus últimas entregas (*Equinoccio, Treno, Septiembre*), el fresco se ha movido hacia otros fragmentos de su introspección, seguirán presentes desde entonces, reconocibles en sus inflexiones y en su particularísima sintaxis, los mismos timbres y texturas.

A veces al hablar con ella noto que su voz se adelgaza como la de una niña. Nunca se lo he dicho, pero siempre me ha llamado la atención que la otra voz, la de su poesía, grave y telúrica, sea tan distinta a la física, a su voz terrena que se transforma por completo cuando lee poesía porque brota de un lugar distinto al de la vida diaria.

*Migraciones* de Gloria Gervitz, ya se dijo, habla del movimiento de una generación de mujeres judías arrancadas de su entorno por la guerra, pero sería reducir su alcance pensar que el libro trata de esto y de aquello. “Es un poema que me crece como un árbol”, ha repetido en distintas ocasiones. Más que al árbol que crece en una visible verticalidad, su poesía se relaciona con la figura deleuzeana del rizoma, esa raíz horizontal que se expande por sus conexiones secretas, sus tubérculos, sus raicillas internas y va trazando una especie de geografía interior: un sistema linfático. Este sistema de circulación lleva los elementos de sus primeros versos al momento actual y va agregando y va quitando y va quedándose con lo sustancial, en ese riesgo de prescindir de adornos, de quedarse al desnudo y de alimentarse de una materia concentrada. En esta poética de la intermitencia hay también una circularidad en los temas y preguntas que se repiten de distintas formas.

“CON SU FINÍSIMO DESPLIEGUE MUSICAL, LA IRRADIACIÓN DE LAS PALABRAS VA REPITIÉNDOSE A LO LARGO DE SUS MIGRACIONES CON ECOS, CON DIVERSOS ELEMENTOS QUE OBLIGAN A DETENERSE”.

Proust hablaba de las intermitencias del corazón. La poesía de Gloria habla del tiempo, habla de la guerra, habla de la luz física y metafórica, habla del cuerpo, del sexo, de la madre, de los sentidos, de la muerte y, en un arco más amplio, habla de la memoria. “Eso que se llama recordar a un ser, en realidad es olvidarle”, escribió Proust, el gran memorialista. ¿A quién se dirige al concluir *Treno*, el poema escrito tras la muerte de su madre?

*¿y ahora qué me vas a decir?  
¿qué más me vas a decir?*

¿Le habla a la poesía? ¿Le habla al tiempo, a la sorpresa, al vértigo de lo que nos va ocurriendo, a la madre muerta convertida, como la sibila de Cumas, sólo en voz?

**AL LADO DE SU AMISTAD**, he aprendido que nunca dejamos atrás lo desconocido de nosotros mismos, que al cambiarnos de lugar cambiamos de preguntas.

Hemos vivido un sentimiento de hermandad resistente a los tiempos de lejanía física, a los malos entendidos, a los momentos de dificultad. En una ocasión de cierta distancia pasajera fui a *Migraciones* y ahí encontré, con estremecimiento, la respuesta de lo que estaba buscando. Puedo decir que soy testigo del día, incluso del momento en que la poeta supo que todo lo que había escrito pertenecía a un solo, a un mismo cuerpo. Cuando encontró la palabra “migraciones” algo se reveló para ella misma y, con el tiempo, también para sus lectores.

Si tomamos en cuenta que la lengua como discurso tiene impresas las marcas de pertenencia, si, como dice Bajtin, el discurso es una postura frente al mundo y la entonación es un punto de vista sobre el entorno, podemos entonces hablar de la poesía de Gloria Gervitz como la posibilidad de discernir en esa voz individual y personalísima el acento de un mundo abierto, lleno de intemperie. La poesía, aun en los períodos en que no escribe (y pueden ser muy largos), es el eje de su vida. Con su finísimo despliegue musical, la irradiación de las palabras va repitiéndose a lo largo de sus *Migraciones* con ecos, con diversos elementos que obligan a detenerse frente a esas bombas expansivas que salen a nuestro paso en un momento de la lectura para verlas más adelante con otro carácter como los cuásares, estrellas intermitentes, especie de faros que alumbran mientras van girando sobre su propio eje e irradian conforme se desplazan en el espacio y en el tiempo.

La mirada de la artista alumbró su mundo, pero nos alumbró a nosotros, sus lectores, dislocándose y revelándonos, tocándose, tocándonos por dentro, señalando preguntas que nos atañen, nos duelen, nos inquietan. Por algo la sombra de Edmond Jabés está en sus *Migraciones*. En estos treinta años no ha cedido al rigor ni a la complacencia. Pocas obras mexicanas de altura tan unitaria y, al mismo tiempo, tan llenas de silencios. ■



Regresamos al tema de la lectura, ahora desde un ángulo distinto. A partir del nombramiento de Guadalajara como Capital Mundial del Libro 2022, el pasado 26 de abril nuestro colaborador Alejandro Toledo fue convocado para celebrar, precisamente, las recompensas que aguardan a todo lector de raza, acaso superiores al esfuerzo que pueden implicar. Lo confirma la luminosa frase que cita de Lezama Lima: "Sólo lo difícil es estimulante". Aquí somos testigos de la aparición de ese placer como un trayecto iniciático.

## EN DEFENSA

# DE LA (BUENA) LECTURA

ALEJANDRO TOLEDO

@Toledo Bloom

Mi memoria es vaga en ciertos puntos y muy precisa en otros. Recuerdo a una amiga, no su nombre, que aseguraba escribir verso libre porque así le salía, naturalito, y no leía a otros poetas para no contaminarse. Ella alquilaba un departamento en la calle Victoria, casi esquina con Balderas, por los rumbos de la Alameda Central; la conocí en un Taller de Sueños al que me inscribí luego de leer *El alma romántica y el sueño*, de Albert Béguin, y a autores como Nerval, Novalis y Jean Paul, sin saber que el curso iba dirigido a terapeutas. Se trataba de incorporar el análisis del sueño a la terapia, trabajar el sueño con los pacientes. Igual, sin tener esas credenciales, me aceptaron y me acerqué al universo onírico de una manera inesperada, rodeado de psicólogos.

Vuelvo a mi amiga, de cuyo nombre no puedo acordarme. Una tarde, en su departamento de la calle Victoria, tomábamos café y hablábamos de literatura en sus términos silvestres, como poeta natural, cuando de pronto recuperó un papel que alguien le había dado o lo escribió ahí mismo (no tengo eso muy claro) y me lo extendió. El papel decía: "*Palinuro de México*, de Guillermo Cabrera Infante".

—Me dijeron que era un buen libro. Me lo recomendaron mucho. Tal vez te guste.

Lo recibí y lo puse en mi cartera.

Días más tarde me detuve en una de las varias librerías Porrúa (de primos o hermanos) que había en el Centro de la Ciudad de México; estaba en República de Brasil, a cuadra y media de la Plaza de Santo Domingo. Saqué el papel, se lo mostré al dependiente... y éste regresó con un tabique de color blanco, maravilloso en su aspecto. Era la edición de Joaquín Mortiz de la novela. El objeto me pareció fantástico. Tenía su belleza propia.

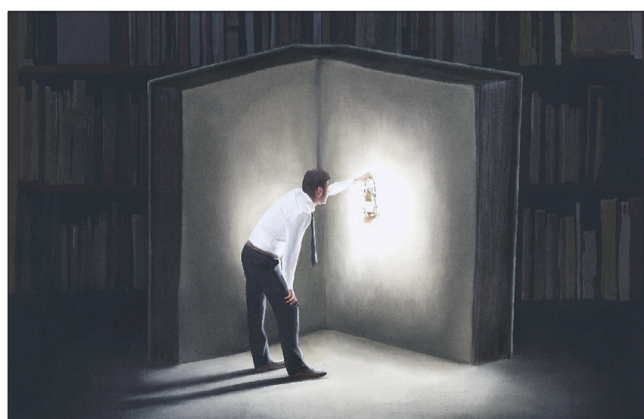
—Pero no es de Guillermo Cabrera Infante, sino de Fernando del Paso —me aclaró.

Dudé un poco, por la referencia equívoca; pregunté el precio. Me alcanzaba para comprarlo. Y salí cargando el tabique blanco.

¿QUÉ EDAD TENÍA? Unos 18 años. La edad y la geografía serán importantes en esta historia, pues la novela que compré entonces en una sucursal de República de Brasil trataba de estudiantes universitarios y se desarrollaba, en su mayor parte, en los alrededores de la Plaza de Santo Domingo, que eran también mis territorios: de niño estudié piano en la Escuela Superior de Música, que estaba en República de Cuba; en la espera de los resultados del examen de admisión a la preparatoria trabajé en una joyería de República de Brasil 22B que se llama Joyería Midas (aún sobrevive, aunque la zona cambió de giro y ahora la mayoría de los comercios son de venta de artículos fotográficos); y cuando llegaron mis resultados del examen de admisión descubrí con sorpresa que me aceptaban en la Preparatoria 1, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Fui de las últimas generaciones preparatorias que poblaron ese recinto.

La novela, el tabique blanco, se ubicaba en esos espacios conocidos y reconocidos por mí. Y los personajes tenían, más o menos, mi edad.

“LLEGUÉ A LA NOVELA EN EL MOMENTO JUSTO DE MI APRENDIZAJE COMO LECTOR, NO SÓLO PARA RECONOCERME EN ELLA, SINO TAMBIÉN PARA HALLAR UN MODELO LITERARIO PODEROSO”.



La edad que yo tenía cuando compré el libro.

Llego a este punto y se abre un abismo, como si se tratara de un cuadro escheriano: sentado en una banca de la Plaza de Santo Domingo leo una novela que ocurre en la Plaza de Santo Domingo; voy y vengo, en la lectura, de la realidad a la ficción y de la ficción a la memoria.

Lo digo sin pretender ser egocéntrico: por lo apuntado arriba, parecía un libro escrito para mí.

Llegué a la novela quizá en el momento justo de mi aprendizaje como lector, no sólo para reconocermé en ella, sino también para hallar un modelo literario poderoso. Pude percibir los alcances de la narrativa mexicana en un ejercicio novelístico radical dedicado, a la vez, a lo que me rodeaba. Me preguntaba cómo este paisaje para mí tan común, recorrido en mi infancia (por la escuela de música) y mi adolescencia (por la Joyería Midas y la preparatoria), se había transformado en ese libro extraordinario.

Mi memoria se atora en un punto; como en aquello del huevo y la gallina, no sé qué fue primero: si mi encuentro con *Palinuro de México*, o mi lectura del *Ulises* de James Joyce. No lo sé.

Los leí ambos tempranamente, y son dos faros que fijan en mí ciertas coordenadas lectoras.

UNO DE LOS EJERCICIOS aprendidos en el Taller de Sueños consistía en contar el sueño desde varias perspectivas, desmontarlo y encontrar, así, ciertas recurrencias, que eran como señales de alerta a desarrollar en la terapia. Me gustó el juego como experimento literario. Creo que se puede aplicar en un relato. Por ejemplo: primero me veo yo caminando por República de Brasil y entro a una librería Porrúa, le entrego un papelito a un hombre y me trae la novela *Palinuro de México*, de Fernando del Paso; luego soy el dependiente de una librería, en una tarde calurosa en la Ciudad de México, que atiende con cierto agobio a un joven confundido que le muestra un papel en el que se le pide un título de Guillermo Cabrera Infante y lo encuentra,



pero atribuido a Fernando del Paso; luego soy una novela blanca, con un orbe colorido en la portada, un mamotreto de 654 páginas, que espera entre los anaqueles de una librería y de pronto es tomado por el dependiente, un tipo de aspecto cansado, que me transporta a las manos de un joven de frente amplia, quien me mira con extrañeza al ver que los datos del papel que trae como referencia no coinciden del todo, pues el libro se llama (yo me llamo) como está escrito en el papelito, *Palinuro de México*, pero el autor (mi autor) no es Guillermo Cabrera Infante sino Fernando del Paso, cuya foto aparece en la contraportada... El joven duda, me sopesa; le agradan mi peso y mi color, y me lleva consigo.

**VOY AL LIBRERO** en busca del tabique blanco y lo encuentro triplicado. ¡Compré tres veces la edición de Joaquín Mortiz! Parece como si se hubieran reproducido en el librero. Y dos de ellos los tengo dedicados: uno el 26 de febrero de 1982 ("Para Alejandro Toledo, afectuosamente, Fernando del Paso") y otro el 9 de febrero de 1992, diez años más tarde ("Para Alejandro Toledo, con agradecimiento por su interés, Fernando del Paso"). Los tres ejemplares muestran en su lomo las arrugas de una lectura completa. Están en el librero como si posaran para una foto familiar; y los rodean otros hermanos, otros Palinuritos, digamos, en ediciones de Casa de las Américas (que piratea a Alfaguara), Plaza & Janés (de bolsillo), Fayard (con la traducción de Michel Bibard) y el Fondo de Cultura Económica.

Esta última edición, por cierto, imita las formas de la de Joaquín Mortiz en su blancura, en reproducir el mismo dibujo de la portada, y en la foto de la contraportada, similar en cuanto a la pose a la original, con un autor ya más maduro, con la cabeza blanca.

Me detengo en una fecha: el 26 de febrero de 1982, cuando pedí por vez primera a don Fernando que me dedicara su libro tenía yo, en efecto, 18 años. La novela se publicó en México en 1980; la primera edición, de Alfaguara, es de 1977.

Reconozco el primer ejemplar comprado porque es el que muestra más signos de batalla y porque entonces subrayaba con marcador amarillo de cera. Al hojearlo, encuentro entre las páginas varios papeles y hay uno que me recuerda cómo fue que me topé con la narrativa mexicana. Es un folleto de cuatro páginas en el que se

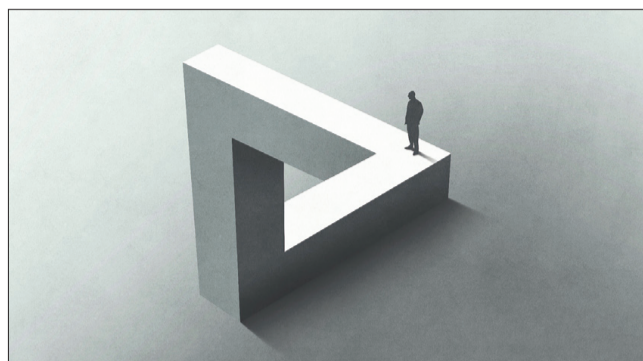


Ilustración > shutterstock.com

**“ESTAS DIVAGACIONES TIENEN EL FIN DE PROPONER QUE SE CELEBRE NO EL LIBRO EN GENERAL, SINO AQUELLOS TÍTULOS QUE CREAN EXPERIENCIAS SIGNIFICATIVAS EN LOS LECTORES”.**

anuncian los cursos y conferencias de El Colegio Nacional en septiembre de 1981. Carlos Fuentes impartió dos conferencias, bajo el título general de "Cómo escribí algunos de mis libros"; la primera estuvo dedicada a *Aura* y la segunda a *Terra Nostra*. Recuerdo haber visto el anuncio de esas conferencias en un pizarrón de la Biblioteca de México, la que está en la Plaza de la Ciudadela, a donde iba a refugiarme a leer a Dostoievski: me gustaba tomar los tomos gordos, empastados, del autor ruso; llegaba temprano, escogía el libro (pues los anaqueles estaban expuestos y a la mano), y me acomodaba en esas sillas de madera con descansabrazos propias de ese recinto.

El anuncio en el pizarrón me hizo ver que había Dostoievskis actuales; que la escritura no era sólo cosa del pasado, sino que podía encontrarme por ahí con autores vivos. Busqué *Aura*, lo leí de un tirón y fui a la conferencia de esa semana (es toda una novela de cómo escribió la novela, la conservo en un casete grabado ese día); luego la emprendí con *Terra Nostra*, y lo mismo: la devoré en varias sesiones de diez o doce horas, y acudí a la conferencia respectiva con el orgullo de haberla terminado.

*Los demonios* (o *Los endemoniados*), *Crimen y castigo* o *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski, son tres rotundos tabiques; lo era también *Terra Nostra*. Me gustaban esas experiencias de lector maratonista. Por ello quizá me entusiasmé con el mamotreto blanco que me presentaron en la librería Porrúa. Era del peso o la

consistencia a los que estaba acostumbrado. Se parecía incluso físicamente a *Terra Nostra*, también editado por Joaquín Mortiz. Esa fue (de modo inconsciente) una condición para que lo aceptara y lo llevara conmigo.

**ESTAS DIVAGACIONES LECTORAS** tienen el único fin de proponer que se celebre, principalmente, no el libro en general, lo cual me parece un disparate, pues hay buenos y malos libros, libros de autor y libros de factura comercial; sino aquellos títulos que crean experiencias significativas en los lectores. La defensa abstracta del libro crea la idea de que cualquier título debe ser apreciado, pues se dice que hay que leer lo que sea, pero leer, cuando los libros exigen, reclaman, una postura crítica.

Coincido con el escritor Juan Goytisolo, quien compara la lectura con los hábitos alimenticios: el *bestseller* es como una hamburguesa (una mala hamburguesa, industrial, de comida rápida), y su consumo excesivo puede ser no nutritivo e incluso dañino para la salud. Goytisolo lo dice mejor que yo; cito:

... El producto editorial, especialmente el confeccionado con esmero, satisface a punto el apetito del lector y se deja consumir, digerir y evacuar como las hamburguesas de nuestras hamburgueserías: fabricado para entretener a un lector pasivo, sale de su conciencia con la misma facilidad con la que penetra. En ese *bestseller*, punto de mira de la industria editorial y de cuantos autores, expresamente o no, cifran en él su codiciada meta: la conquista del mayor número posible de lectores. (*Ensayos escogidos*, FCE, México, 2007, pp. 254-255).

Del otro lado está el texto literario, que no aspira a un reconocimiento inmediato ni a la instantánea seducción del público. "No busca lectores", dice Goytisolo, "sino relectores y a menudo, cuando éstos no existen, se ve en la obligación de inventarlos".

En esa línea, para reforzar la idea de que los buenos libros crean a sus lectores, se pregunta el autor español: "¿Quién podía leer *Los cantos de Maldoror* o el *Ulises* joyciano cuando fueron escritos?"

Pedro Salinas también distingue entre lectores y leedores; me parece, pero es sólo una impresión (y esto habría que conversarlo), que las redes sociales están creando muchos leedores y pocos lectores. Y dice José Lezama Lima, en el arranque de *La expresión americana*: "Sólo lo difícil es estimulante; sólo la resistencia que nos reta es capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento".

Tal es mi propuesta en estas celebraciones librescas: evitemos, en la medida de lo posible, el producto editorial, y pongamos la mira en lo más alto, el gran libro: complejo, ambicioso, estimulante.

Para mí eso representó, en mi juventud lectora, este libro: *Palinuro de México*. ■

**LIBROS QUE VUELAN**

**ME GUSTA** abrir un libro y que no se rompa por el lomo ni se desprendan sus páginas como si fueran naipes. Que responda al trato duro. Que pueda uno llevarlo a la cama y doblarlo, para ir de una página a la otra sin sobresaltos; y que aguante las piruetas con la almohada y las cobijas para lograr el subrayado preciso. O que resista en el autobús los brincos por los baches o los topes y las paradas o aceleres bruscos, y se mantenga entero en mis manos. Bien cosido y bien pegado; con un papel decoroso (un buen Bond que no sea ese otro Bond, James Bond), que lo haga casi inmortal, y de impresión uniforme. De buena tinta, pues. Es un compañero de viaje con alta resistencia y tenerlo así, confiable y fijo, crea una sensación de equilibrio. Podría uno llevarlo a la montaña (en imitación de Rulfo) y leerlo en la cima. O desplegarlo en el escritorio, aprisionarlo un poco, recorrer sus líneas, estudiarlo con calma, y hasta se pensaría en algún instante, si uno se distrae, que va a volar. —Alejandro Toledo ■



## AL MARGEN

Por  
**VEKA  
DUNCAN**  
@VekaDuncan

## PRECARIEDAD: EL MAL DE LA CULTURA

“TODO ESO ESTÁ  
MUY BIEN, PERO  
¿DÓNDE QUEDAN  
LAS PERSONAS  
QUE HACEN POSIBLE  
QUE LOS LIBROS  
CIRCULEN EN  
ESAS CALLES?”.

El pasado 23 de abril una imagen irrumpió en la celebración del Día Mundial del Libro. De pronto, entre las recomendaciones de lecturas favoritas, carteles de presentaciones editoriales y citas de clásicos literarios que inundaban *timelines* y *feeds*, aparecieron unas letras en un negro y rojo contundentes: “Sin una vida digna para los trabajadores y trabajadoras del libro, ¿para qué queremos capital mundial del libro?”

LA PROTESTA DIGITAL se refería al nombramiento que recibió Guadalajara para este 2022 por parte de la UNESCO, una distinción que no sólo reconoce las contribuciones de una ciudad al ámbito de los libros, sino que la obliga a llevar a cabo actividades de fomento a la lectura enfocadas, sobre todo, al cambio social. Así lo define la propia UNESCO en su sitio web. Los gobiernos de Guadalajara y Jalisco, por su parte, se comprometieron a desarrollar un programa para llevar los libros a la mayor cantidad de barrios y municipios de la ciudad y el estado. Todo eso está muy bien, pero ¿dónde quedan las personas que hacen posible que los libros circulen en esas calles? Me atrevo a sumar otro cuestionamiento: ¿cómo podemos lograr un cambio social a través de los libros y la cultura si no atendemos la precariedad en la que vivimos quienes hacemos la cultura? “La pregunta es qué tanto podemos festejar la capitalidad del libro en un momento de crisis muy fuerte”, me comparte en entrevista Carlos Armenta. Como fundador y editor en jefe de Impronta Casa Editora conoce muy bien cómo se vive toda la cadena del libro, pues se trata de un espacio que conjuga no únicamente el trabajo editorial, sino también una imprenta y una librería. “La edición, y no sólo en Guadalajara sino en todo el país, pasa por muchos problemas y desde hace décadas —continúa—, entonces, ¿qué tanto de los fondos que se usarán [...] podrían también de alguna manera usarse para incentivar y dar una vida digna a los editores? No se trata de sanearla a *billetazos*, pero es algo que no está en las mesas de diálogo [...] Para mí lo más importante en la producción del libro es que nos pueda dar una vida digna a todos, tanto a los que escriben y editan, como a los que imprimen, ilustran, diseñan y traducen”.

LO MISMO PUEDE DECIRSE de todos los sectores que integran las industrias culturales y creativas. No hay en México condiciones dignas para todas las manos que sostienen la producción cultural con su trabajo. Al anunciar el inicio de las actividades de Guadalajara Capital Mundial del Libro se lanzó también el eslogan “Jalisco, estado de creadores y lectores”, muy sintomático de cómo se perciben e implementan las estrategias de cultura en nuestro país. Entre el creador y el lector —o el público, para decirlo más ampliamente— hay una cadena de profesionales que son, ni más ni menos, quienes posibilitan que un producto cultural sea difundido y disfrutado. Sin embargo, las autoridades —desde el nivel federal hasta el estatal, regional y local— enfocan todos sus esfuerzos en apoyar la creación o la realización de actividades y eventos que, si bien son importantes y necesarios, dejan fuera una deuda urgente: la verdadera construcción de política pública en materia de cultura, sobre todo enfocada a garantizar que quienes nos dedicamos a ella podamos vivir, y bien, de nuestro propio quehacer.

Desde luego que la labor de editores, curadores, gestores, investigadores, museógrafos, impresores y el largo etcétera que podemos encontrar bajo el gran rubro *trabajadores de la cultura* no sería posible sin los artistas, escritores, coreógrafos, bailarines, actores y demás figuras del ámbito de la creación. Pero tampoco viceversa. Debemos comenzar a entender que todos formamos parte de un mismo ecosistema. Y, sobre todo, lo debe entender la autoridad. Han anunciado, por ejemplo, nuevas iniciativas muy loables para ofrecer seguridad social a artistas a través de un novedoso programa del IMSS. Lo celebro porque sé la falta que hace, pero ¿dónde quedan los trabajadores de las propias instituciones culturales del Estado que son contratados bajo esquemas más irregulares que el *outsourcing* que —con justa razón— se está buscando erradicar? (El buen juez por su casa empieza, dicen). Todas esas personas cumplen con funciones elementales, desde el trabajo en las oficinas de dependencias federales hasta la operación diaria de los recintos que tanto celebran nuestros funcionarios en actos, comunicados de prensa



Foto > Jon Tyson / unsplash.com

y redes sociales. Me pregunto cuántos gestionarán esos seguros para artistas trabajando bajo un contrato de Capítulo 3000 y, por lo tanto, sin contar ellos mismos con seguridad social ni los derechos laborales más básicos... La ironía es hasta perversa.

LA SITUACIÓN no es más alentadora para quienes, ante la vulnerabilidad de los puestos de trabajo institucionales, hemos decidido *irnos por la libre*. Cuando tomé la decisión de trabajar como *freelance* recuerdo que un amigo me decía que ser historiadora del arte independiente era muy temerario. En realidad, dedicarse a la cultura en este país en cualquier circunstancia ya lo es. Pero mi lógica era ésta: si de cualquier modo no voy a tener seguro social ni me van a garantizar que voy a recibir mis pagos en tiempo y forma, prefiero trabajar en mi casa. Dicho de otro modo, si de cualquier forma voy a vivir al día, al menos que sea en mis propios términos. Lo cierto es que no debería ser así, ni para creadores ni para trabajadores de la cultura. Y tampoco olvidemos en esta ecuación las ramas de las ciencias sociales (historia, antropología, arqueología...) cuyas posibilidades laborales son aún más limitadas.

Aquí debo volver nuevamente a un tema que ya he expuesto en estas páginas: que la cultura no debe *ensuciarse* con el dinero. La cultura por supuesto que debe operar en términos ajenos al lucro, pero eso no significa que quienes nos dedicamos al trabajo cultural debamos vivir de manera poco digna por ello. Tampoco que nuestros derechos humanos sean vulnerados. Es una conversación que debemos empezar a tener, trabajadores, creadores y autoridades en conjunto. ■



**SOY INCONDICIONAL** de Mark Fisher. Es el filósofo con el cual me siento más identificado. Sin embargo, aunque comulgo con la mayoría de sus juicios, en ocasiones sus observaciones me ponen en un predicamento. Como en el caso de *Star Wars*. De la que soy fan (no de todo, claro, pero sí de lo mejor logrado de su universo) y que Fisher menosprecia. Soy entonces un ser dividido entre el pensamiento fisheriano y mi amor por *Star Wars*.

En el ensayo sobre el tema, publicado en *K-Punk Volumen 1*, Fisher se hace dos preguntas: "¿La adquisición de Lucasfilm por parte de Disney significa que *Star Wars* se vendió?", y "¿Puede la franquicia de *Star Wars* conservar su alma ahora que ha sido absorbida dentro de un conglomerado corporativo?". Y se responde: "Es difícil creer que estas preguntas se planteen seriamente. *Star Wars* se vendió desde el comienzo, y ésa quizá sea la única cosa notable sobre esta franquicia deprimentemente mediocre". Las duras palabras de Fisher encuentran un eco en mí, al considerar los malos productos que se han desprendido de las últimas dos trilogías. Sin embargo, pese al clavo en el ataúd fisheriano, el estreno de *El Mandaloriano* demostró que el alma de *Star Wars* sigue intacta. En este mismo espacio escribí sobre el estupendo regreso de la franquicia, de la mano de este dúo dinámico conformado por el Mandaloriano y Baby Joda (Grogu).

El western galáctico de *El Mandaloriano* reavivó la llama del amor entre los viejos fans decepcionados por la franquicia. Y el entusiasmo se fue al hiperespacio cuando se anunció que la siguiente miniserie de la franquicia estaría dedicada a Boba Fett. Debutado en *El retorno del Jedi*, este cazarrecompensas ha tenido apariciones esporádicas. Pero la mística del personaje que nunca se quita el casco (mística que comparte con el Mandaloriano) ganó millones de adeptos. Y sus seguidores siempre pensamos que estaba desperdiciado dentro de la saga, pese a que se retomara algo del personaje vía Jango Fett en *La guerra de los clones*. El anuncio de *El libro de Boba Fett* nos dijo que por fin se le haría justicia a este personaje tan arraigado en el gusto de los fans.

Los que caímos en el embrujo de *El Mandaloriano* esperábamos lo mismo de *El libro de Boba Fett*. Pero el equipo conformado por Jon Favreau, Robert Rodríguez *et al.* (que son los mismos de la historia de Boba Fett) pusieron la vara muy alta. El primer capítulo



espinof.com

**“LUCASFILM, AHORA DISNEY, SÓLO ESTÁ INTERESADO EN EXPRIMIR EL FENÓMENO STAR WARS HASTA EL FONDO”.**

resulta bastante flojo, algo comprensible debido a que es introductorio. Pero los capítulos dos y cuatro son algo decepcionantes. El único que tiene el nivel mostrado en *El Mandaloriano* es el tres. Al terminar el cuarto es imposible no caer en pesimismo fisheriano: *the dream is over*. Cuánto tiempo se iba a poder sostener esto. A tres capítulos del final la conclusión a la que se llega es que, a diferencia de *El Mandaloriano*, no pudieron edificar una mitología a prueba de Fishers para Boba Fett. Mientras esto pasaba, Disney anunciaba el próximo estreno de la serie dedicada a Obi-Wan y la segunda temporada de *El Mandaloriano*. De esta última, desconcertaba un poco que al final de la primera parecía que la historia había llegado a su fin.

Se producía el fenómeno tan atacado por Fisher: que Lucasfilm, ahora Disney, sólo está interesado en expresar el fenómeno de *Star Wars* hasta el fondo. Entonces se produjo el milagro que no esperábamos, porque teníamos los ojos puestos en Boba Fett, la reaparición del Mandaloriano. Toda la aburrición de los capítulos uno, tres y cuatro se vio recompensada por unos capítulos cinco, seis y siete, en que la serie vuelve a alcanzar la altura de *El Mandaloriano*. Ambas tramas se unen, y aunque el personaje central, Boba Fett, es desplazado, se entiende que se está contando una sola historia. Y eso termina por darle una dimensión todavía más fantástica a este par de cazarrecompensas.

La reaparición de Luke Skywalker y de Grogu, más la espectacular batalla final, podría caer en lo que se conoce como *fan service*. Y en lo que dice Fisher al final de su ensayo: "Por eso es ridículo preguntar si *Star Wars* se vendió. Fue *Star Wars* la que nos enseñó lo que realmente significa venderse". Pero lo que los capítulos tres, cinco, seis y siete ponen de manifiesto es que la saga, con Disney o sin Disney, no ha perdido su alma. **■**

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charfornication

BOBA FETT

**SABÍA POCO** sobre Rogerio Azcárraga Madero, el empresario de la radio y la música que recién falleció a los 94 años. Tras su muerte salieron las hienas de siempre, sin embargo, los obituarios y testimonios de admiración y aprecio hacia el fundador de Grupo Fórmula reconocieron a un pionero de los medios, la producción y la difusión musical en México.

Cuando leí que fundó Discos Orfeón en 1958, *la única disquera mexicana independiente* que hoy continúa girando con un catálogo diverso y numeroso, todo se conectó en mi cabeza. Azcárraga era un apasionado de la música popular mexicana, a través de Orfeón difundió el bolero, la música ranchera, la tropical, los sones, el mambo y el rock. De hecho, lo conocían como *El Fan Número Uno del Rock Nacional* y asistía a todos los conciertos para descubrir a los artistas. Así empezó a grabar a Lola Beltrán, José Alfredo Jiménez, Luis Aguilar y Agustín Lara, junto a César Costa, Enrique Guzmán, Los Locos del Ritmo, Los Crazy Boys, Los Rebeldes del Rock, Los Hooligans, Angélica María, Los Rockin Devil's, Los Hitters, Los Hermanos Carrión, hasta el tropirock de Chico Che y la Crisis.

También encendió la televisión musical. En 1961 creó *Discotheque Orfeón A GoGo* (la referencia de José Agustín en *La nueva música clásica* habitaba en mi memoria): el primer programa de tele en difundir los ritmos juveniles en el país desde Televisión, propiedad de su tío. Así irrumpieron en México el twist, el rock, el jerk y el pop, entre otros. En ese programa se lanzaba a los artistas



Tumisi / pixabay.com

**“ERA APASIONADO DE LA MÚSICA POPULAR... LO CONOCÍAN COMO EL FAN NÚMERO UNO DEL ROCK NACIONAL”.**

de Orfeón y en cierta ocasión se presentó Bill Haley and The Comets. Los videos que pueden verse los rescató el musicólogo Jaime Almeida en 1989, cuando dirigía la Videoteca de Televisa y el estupendo *Estudio 54*.

En 1968, Azcárraga agregó el último canal a su estrategia musical, cuando fundó con su padre Radio Distrito Federal (XEDFAM 970) para introducir el rock en México. De ahí que al rock mexicano de aquellos años se le reproche su origen corporativo y ser una réplica inocua del rock gringo. Pero cumplió su propósito liberador más allá del entretenimiento. Con los años se convirtió en el Grupo Fórmula, dos estaciones en FM, tres en AM y más de cien repetidoras. Ahí tuvo la idea de los programas informativos en radio nacional y luego las estaciones de noticias. En el 2000 también fundó Telefórmula, aunque su enfoque ya no fue musical, sino informativo y de entretenimiento.

Murió un tipo con oído y visión mientras desaparece una era musical. Casi un siglo de vida y su legado seguirá sonando. Como empresario de la comunicación hizo más por la cultura musical del país que cualquier institución. **■**

## LA CANCIÓN #6

Por  
**ROGELIO GARZA**

@rogeliogarzap

ROGERIO AZCÁRRAGA



## ESGRIMA

Por  
**GERARDO  
DE LA CRUZ**  
@gdelacruz

EL UNIVERSO  
LITERARIO DE  
CECILIA EUDAVE

“SOY UNA  
MINIATURISTA DE  
LA LITERATURA.  
ME SIENTO CÓMODA  
NARRANDO DESDE  
LOS SILENCIOS;  
SUGIRIENDO MÁS  
QUE ASEVERANDO”.

Aún no terminaba la promoción de su más reciente libro de cuentos, *Al final del miedo* (Páginas de Espuma, 2021), cuando en febrero de 2022 apareció, bajo el sello de Alfaguara, su segunda novela: *El verano de la serpiente*. Es la historia calidoscópica de una familia mexicana acechada por un sentimiento de descomposición irrefrenable, que encuentra su espejo en determinados acontecimientos históricos y sociales de México y el mundo. No es que 1977, año que evoca la novela, haya sido particularmente crucial, pero para la familia de Ana y Maricarmen, las principales compuertas a este túnel del tiempo, lo es.

En esta entrevista, la narradora jalisciense nacida en 1968, quizás la cuentista de pulso más firme y peculiar de su generación (que se desarrolló al margen de sus contemporáneos del Crack), detalla su credo literario, su preferencia por los géneros híbridos, su adhesión a la narrativa de lo inusual y se rebela contra la inspiración creadora. Omito las preguntas y ella toma la palabra:

¿DE QUÉ AUTORES es consecuencia Cecilia Eudave? Es una lista tan extensa, que he optado por no decir nombres, siempre me falta alguno y me entra remordimiento porque suele ser fundamental como cualesquiera de los citados. Sin embargo, puedo decir qué busco en estas influencias que me forman y me perfilan constantemente. Destaco la puesta en escena de un universo particular donde vuelcan sus preocupaciones más íntimas, ya sean intelectuales o emocionales, poseen una voz narrativa inconfundible, estructuran sus textos con inteligencia y detalle, y me logran conmover en distintos grados. Tengo autoras y autores favoritos en todos los géneros literarios, y los admiro por su capacidad de diversificarse en una literatura, en sus discursos, en su manera de representar la realidad y, sobre todo, porque dialogan con el lector de manera menos convencional y me desafían constantemente como lectora.

Eso, en cuanto a lecturas. Yo construí mi vida literaria sin un centro fijo; es decir, me muevo en el territorio de la literatura, de la ficción, que es abstracto y se puede ubicar en cualquier punto geográfico. Para escribir y crear tus universos literarios no necesitas estar en una capital o en otra. Creo que eso responde a pertenecer o no a grupos, recibir premios, hacer antesala, conocer de cerca a editores, compartir con otros amigos o colegas de oficio para intercambiar impresiones, si no estás viviendo en el lugar donde todo eso se concentra puedes sentir que te pierdes de algo. Pero eso no te hace ni mejor ni peor escritora o escritor. No me obsesiona estar en el centro de la intelectualidad de ninguna capital del mundo. Me gusta vivir en Guadalajara porque aquí está mi vida, mi trabajo, mi familia, no tengo tantas distracciones y me puedo enfocar de mejor manera.

Sobre el tipo de literatura que hago, Carmen Alemany, crítica española, mencionó que era difícil clasificarme porque, por un lado, no era fantástica al uso, ni realista al uso. Esto la llevó a observar un fenómeno que pasaba con algunas escritoras en América Latina. Dedujo que somos la puesta en escena de una dialéctica escritural que opone lo real como tesis a lo insólito como antítesis; su síntesis: una narrativa inusual que toma lo mejor de las dos partes para representar el mundo. Yo estoy de acuerdo, creo que en mis textos lo insólito roza la realidad. Así esta nueva forma de narrar lo inusual privilegia una narrativa dialógica entre lo insólito y lo real desde la anomalía; es decir, desde el sueño, la alucinación, la histeria, la locura, lo extraño, lo improbable, pero al mismo tiempo posible.

No intento que algo distorsione la realidad a momentos dejándonos entrever que detrás está la realidad pactada y asumida. Me interesa escribir sobre lo anómalo a distintos niveles, ya sea a través de mis personajes, de las situaciones a las que se enfrentan, de los espacios que habitan, de las consecuencias que genera su diferenciación



Foto &gt; Archivo de Cecilia Eudave

en un mundo normativizado y estandarizado socialmente. En todos mis libros vas a encontrar la anomalía, o la puesta en escena de subjetividades anómalas; por ejemplo, mis personajes femeninos como masculinos se mueven en mundos abismados de inquietud que los conduce hacia rutas siniestras, desconcertantes y llenas de desasosiego.

UN LIBRO ES MUCHAS COSAS y cada lector tiene derecho a denominarlo como quiera, lo importante es que lo disfrute. Sin embargo, persiste el enorme problema de seguir tratando de leer toda la literatura desde modelos narrativos tradicionales, desde géneros literarios rígidos. Cuando me preguntan si *El verano de la serpiente* es una novela o *Al final del miedo* es, en efecto, un libro de cuentos, no ven que es una manera de narrar que hibrida géneros, modelos, e intenta romper con la lectura convenida de los siglos pasados. ¿Qué estás leyendo cuando me lees? Un libro, artefacto o no, que te saca de tu estado de confort, que se despliega en distintas formas de narrar y desde ahí te cuenta una o varias historias, te vuelve copartícipe incluso de la escritura.

Denomino novela a *El verano de la serpiente* porque no sólo está articulada por varias perspectivas sobre un mismo tiempo y espacio, por diferentes clases sociales desde distintas edades o narradores, sino porque eso me ayuda a entender la crueldad, motivo principal de la misma. El caso del libro de cuentos *Al final del miedo* tiene distintos motivos, cada cuento tiene el suyo y todos se amparan en el tema que le da título: el miedo, los miedos.

Lo que unos llaman “estructura de la novela o del cuento”, para mí es en realidad una forma particular de narrar y representar la realidad que he empleado desde mi primer libro de cuentos, *Técnicamente humanos*, y desde la primera novela, *Bestiaria vida*. Y que no ha sido ajena a muchos autores y autoras, pienso en Juan Rulfo con *Pedro Páramo*, *La vida instrucciones de uso* de Georges Perec, *Si una noche de invierno un viajero* o *El castillo de los destinos cruzados* de Italo Calvino, o la magnífica novela *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro, entre muchos otros textos tan singulares, tan propios, que no importa dónde los quieran colocar, ni si responden a la estandarización de las clasificaciones literarias. Deberíamos hablar más de cómo cuentan lo que cuentan sin la obsesión de dónde ubicarlos o clasificarlos.

SOY UNA MINIATURISTA en la literatura. Pero más allá de mi filiación a la poética de la brevedad, me siento cómoda narrando desde los silencios; sugiriendo más que aseverando; provocando más que complaciendo al lector, de quien demando que sea atento y sensible al detalle. En los detalles está la insinuación de que algo imposible puede ser posible, y eso dota al texto de un sentido distinto y perturbador. Tengo todo calculado, evito los cabos sueltos, no hay nada gratuito ni accesorio para alargar una historia, no me gustan los efectismos, las salidas fáciles y trilladas. La idea de que el texto me llevará por donde quiera, de que yo sigo su ruta fiel al instinto creativo, no va conmigo. ■